

## La mujer en la escritura

*Alzóse de los límites  
de la irrealidad azul  
una grulla que anunciaba  
la vuelta de la nieve,  
y como una plegaria que hubiese  
permanecido ausente hasta entonces,  
dormida en el fondo de mí misma  
bajo la angosta calma del agua  
dijo «despierta» y tal así  
fue verde, célula verde, espiral orgánica  
que estremeció el limo  
como si quisiera devolverlo  
a su liquidez antigua.*

Hora es ya de que se altere la noche, se dijeron, mientras una oblicua hilatura de luz se refugiaba en los corpúsculos de la existencia hasta alcanzar el punto vernal, donde las sinapsis escoge un lugar reservado para renacer.

Hora es, volvieron a exclamar las fortalezas nocturnas, mientras sus camisas de multiplicante seda, lanza e intelecto, plateábanse tras conformar el Corpus de un espacio insomne donde la anfílica mujer de la creación permanecía despierta.

Con ojos escrutadores de infinito indagaba en los signos el sentido conferido a tal antigua estirpe hecha de arena y lágrima, ofertada desde la longeva estación de las edades. En el intento de afirmarse como criatura de transformación hacia la búsqueda de sí misma se remontó a los albores del claustro primigenio y vislumbró los matices que desde antaño definieron su manido rol, pues mientras el hombre de la historia giraba en torno a desarrollar su eficacia física, proclamándose único gestor de la guerra y de la hembra, participante activo en el grupo y en el tiempo, dueño de «superiores estigmas» para enfrentarse a las exigencias de la cotidianidad, la mujer veía reducido su ámbito al principio pasivo de la esfera antropológica, a las actividades consentidas por la crianza y el maternaje, hábilmente aprovechada para las labores del campo o tareas de adiestramiento artesanas, sólo interrumpidas por otras que también le eran requeridas: ser víctima expiatoria y propicia para tributo o sacrificio de los deseos de los dioses, para mejor y mayor beneficio de la caza de la mies.

Sin duda, desde aquellos días se tejía su continua imagen subyugada, con la

\* Escritora. Autora de numerosos poemarios. Profesora de Pedagogía Terapéutica y Psicomotricidad.

pretensión de doblegar su alma. Sus facultades se midieron en relación a la utilidad que producían, mas a la vez que se las deificaba para este propósito, se cultivó un oscuro miedo hacia sus dones. Sospecharon que por su proximidad a la naturaleza y a sus dioses, la mujer quedaría impregnada de su doble fuerza: vida-muerte. Su cuerpo realzado en recitaciones, cantos y danzas oraculares conseguiría seducirles, perturbar su voluntad y obtener para sí misma sus favores.

Desde este momento se temió su lenguaje oculto tanto como su silencio. A la imagen de naturaleza fecunda y madre se le añadieron los opuestos, quedó asociada a la terribilidad despiadada del dolor y la muerte (el buitre de los pergaminos egipcios) devoradora del alma universal, acechando nostálgica la materia para hacerla resurgir en multiformes destinos. Su naturaleza creadora se convirtió en vegetación concupiscente y selvática, recóndita cueva de lo húmedo y oscuro, lujuria de lo desconocido. Tal así quedó alegóricamente personificada en el símbolo del mal y sus derivaciones.

Fue la antigua Grecia quien dio trato de favor a la manipulación de su esencia al designarle un lugar en las gradas del arte. El mundo antiguo derivó a la mujer al rango de Musa, arquetipo de las cualidades deseadas en la mente del varón y se le concedieron posiciones desde el mito. Inspiradora del pensamiento creativo, quedó circunscrita a ocupar el lugar de plectro mediador en beneficio de las artes y los hombres sin tener que manifestarse ya corporalmente. El sincretismo universal ha facilitado el enriquecimiento de este mito al alimentar el suceso, los personajes que lo invisten, la leyenda y el conocimiento que de él poseemos.

La Grecia clásica no sólo garantizó así las facultades del pensamiento creativo a través de los portentosos dones de sus Musas sino que ofreció a las mujeres sagaz dádiva como complemento emocional. Las constituyó en sugeridoras perpetuas, no amenazas creativas sino aliadas de la Belleza y el Arte. Habilitándolas con tal grandeza, las imposibilitó para ser hacedoras de su propio juego literario, confinadas a ser objeto espiritualmente deseado y pasivamente condenadas a inspirar la farsa, la poesía, la tragedia, la ironía..., que no a tomar por su mano el agua sabia de la Literatura.

Fue Safo de Lesbos quien no sólo bebió del agua profunda de las Letras sino que se sumió en ella, como muestra de materialización y creación. Mujer que ni deseó vivir alejada de las responsabilidades políticas ni anheló quedar relegada al ensueño emocional, a la esfera femenina de amor adjudicada a las Musas: belleza, resignación y demás virtudes específicamente atribuibles a los ideales de su sexo. Por manifestar su independencia, su ser diferente, fue condenada al destierro.

Allí alimentó sus soledades desde la reflexión y la lejanía, desde el augusto reposo que confiere el escrutamiento del ser. La escritura la comisionó para esclarecer su equipaje de creencias y deseos. Y fue el poema su grito de rebeldía y la palabra quien dio nombre a su interrogación. Palabra hecha mujer, ser ente-

ro, fluido de evolución en los páramos del universo poético, donde desvistió la túnica de las musas de grácil pasividad.

En sus poemas afirmó su alma, fue yunque y activa lezna, mas los golpes de su poesía se escindieron después de su muerte y nos quedaron tan sólo algunos retazos.

¡Qué gran cosa es entender un alma! –diría otra voz femenina después de haber intentado romper el silencio de presencias anónimas y ausencias poéticas, la voz altamente mística de Teresa de Cepeda y Ahumada, de cuya vida y evolución espiritual hablan sus obras.

Esta abulense, tan natural en su espíritu de aventuras –que la obsesionaría hasta querer morir sacrificada en tierras de moros– como natural en las cartas que escribiera o en las redacciones de su apasionada biografía, quiso depositar la trama de su existencia en manos de sus confesores, unas veces por mandato de éstos y otras por mandato de los cielos. A la lucha interior que trababa consigo misma y a la escritura de la obediencia añadió la rebeldía de su espíritu, que la hizo conquistar durante toda su vida la enfermedad o vencer las múltiples dificultades que encontró para la realización de sus fundaciones.

Las vivencias convertidas en palabras, su personal experiencia fue acicate de su obra, su verdad sustentada. La facilidad de expresión unida a la interioridad de pensamiento se conjugan con firme tenacidad para desechar las lágrimas, la ternura. «Mi corazón –decía– es recia piedra impenetrable, donde el dolor no tiene cabida».

Paradojal figura, influenciada por modelos masculinos, libros de caballerías y vidas de santos, Teresa de Cepeda, «se siente mujer humilde, flaca, ignorante y torpe». No sabe apenas latín y tal circunstancia la marcará insegura durante toda su vida. El «me parece», que tanto reitera en sus escritos, atenuará cada afirmación, manifestando de continuo su falta de estudios.

Su alfabeto espiritual la sumerge en la oración para acallar la tentación en el rumor de las cosas creadas, o para serenar su voluntad. Vertiginosamente se proyecta en un mundo visionario, una búsqueda insaciable por saber si la creación es obra de Dios o del demonio. Entre la oración y la lucha se vislumbra el camino de la reforma; entre vivencias intensas y momentos iluminados, fundará la Orden de las Carmelitas Descalzas y será Teresa, años más tarde, proclamada doctora de la Iglesia, primera mujer que recibe tal distinción. La mujer que amaba el uso de los diminutivos y no quería dejarse arrastrar por la ternura, escribió entre quince libros, más de quinientas cartas, y alrededor de treinta poesías.

Mas..., la ternura anida y se hizo mujer en Rosalía; por jardines y por espacios de brumas y mar, transita Rosalía, por el aro oscuro y misterioso de su infancia, por el paisaje de la terrible condena de saberse hija oculta del sacerdote José Martínez Viejo y de María Teresa de La Luz y Castro, de familia hidalga, la cual le dio su apellido. Quizá por ello deseó, desde las emanaciones de luz y sombra de su poesía, reivindicar la palabra sencilla de un pueblo huérfano e in-

defenso, y en su primer libro, *Cánticos Gallegos*, usa su lengua vernácula. Desde los versos de una lengua no apreciada por algunos nos transmitió el folklore y el costumbrismo gallego, afirmándose identificada con su tierra. *Follas Novas* confirma sus pasos solitarios.

Yo diría de ella «que esa triste soledad que la preside es el ilustre linaje de su alma». En las múltiples incursiones de su poesía no canta la belleza de la Naturaleza sino el desasosiego de su corazón, y la muerte, como presencia latente, siempre la posee. Rosalía fue pionera de la literatura gallega moderna y, aunque al final de su vida renunció a publicar en gallego, decepcionada por la respuesta que algunos críticos dieron a sus artículos costumbristas, sin embargo, sus obras ya habían alentado el amor por su tierra al rehabilitar su lengua y su cultura.

«Teño medo de una cousa que vive e que non se ve»..., su voz metafísica se yergue entre las más grandes de la lírica, su espíritu torturado por su trágica vida se confunde con el paisaje, con los bosques y las tinieblas del sombrío invierno para denunciar el alba negra, el terrible aspecto de la noche del alma, el drama de las «viudas de los muertos y las viudas de los vivos», que le hacen buscar eternamente el paraíso mágico que nunca tuvo, aquel que no pudo gozar jamás.

Tras las realidades y músicas oscuras sus geniales intuiciones pueblan las nudosas y hondas raíces de su pensamiento. Rosalía de Castro, siempre invadida por extrañas voces y espectros, miedos y orfandades, cabalga incesante y fantasmagórica hacia las orillas del Sar.

Pensamiento y emoción fueron las armas sutiles de Gabriela Mistral. A través del sentimiento de creación anunció algo más que un sentimiento estético. Su literatura no sólo expandió su militancia política y social sino que fue compromiso consigo misma, acercándose hacia el maduro conocimiento, hacia la simbiosis perpetua de lo real-irreal, siendo capaz de expresar la abstracción e introspección de sí.

*Desolación* fue su primer libro, una de las obras más destacables de la literatura hispano-americana. Su mística asciende para buscar la perfección. El recorrido sensorial a través de la naturaleza, la contumaz metáfora, remiten a fuentes ascensionales de alegría purificadora.

Mistral lleva el costado abierto por la desilusión y el dolor y la sangre de su poesía alude a su recorrido hacia la muerte cuando la experiencia de amor es vivida con toda plenitud; crecimiento del ser, después de la desolación y la angustia.

Su poemario *Ternura* la confirma universalmente, en él se mide su grandeza maternal, busca en la diversidad de los elementos geográficos para hallar la música sencilla, el tono adecuado de sus canciones de cuna con las que arroja la fuerza telúrica de su panteísmo.

Gabriela Mistral, bañada en sabiduría y fuerzas cósmicas, se sazona: «Una

en mí maté, yo no la amaba...» Desde sus composiciones «Tala» y «Lagar», se nos muestra liberada, deshoja los nudos de sus versos, reposa en ellos como insecto escrutante e impregna sus alas en el centro de la rosa. Desarrollo y crecimiento cuando el sufrimiento posee fuerza transformadora. El árbol y la cruz imprimen la poesía más destacada de las Américas, que culmina con el Premio Nobel, primera mujer que lo recibiera.

Su lanza de rebeldía transforma la poesía femenina para convertirla en *feminista*, al alzar su verso al lado de Juana de Ibarbouro, Storni, Delmira Agustini, Violeta Parra o Alicia Galaz-Vivar, voces vanguardistas que quebrantan tradicionalismos literarios, tratamientos misóginos o el poder de la falocracia. Poesía siempre en busca de nuevas veredas hacia la libertad, el arte y la creación. Aldabas de incitación oceánica que tuvieron su primer antecedente en Sor Juana Inés de la Cruz, monja mexicana a quien se debe el primer manifiesto *feminista* del Nuevo Mundo. Discriminada con el calificativo de décima Musa, sagaz y rebelde, alzaría sus versos, preludiando la cultura de la liberación:

Hombres necios que acusáis,  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis

Versos que siglos más tarde harían escribir a Alicia Galaz-Vivar, con clara luz vanguardista su «hembrimasoquismo»:

Clasificada nazco como mujer.  
Eterna esposa entre ollas, platos, calcetines,  
escobas, cocinas, papillas y cedazos.  
Río en mi apostolado de sábanas.  
Aséptica rechazo ambigüedades:  
defiendo el legado-del-espíritu,  
mientras exorcizo el presupuesto.  
Funcionaria del tiempo distribuyo los mil y un días  
en flagrantes compromisos, cumpleaños y bautizos.  
Toda una red de conductas hidrópicas, purgativas.  
La soledad me marca en las ferias y en las plazas.  
En el instinto me refugio.  
Me controlan la matriz.  
Me postergan, me limitan, dosifican la ternura  
y las palabras.  
Planteamientos de alto nivel condicionan mis esquemas.  
Sobre el parir o no parir  
hablan.  
Ponen odio y miedo.  
Me lanzan por el rostro las leyes, la religión  
o las costumbres.  
Y a tí que te sonríes, te borraré del Paraíso.